

PONTIFICIO SEMINARIO MAYOR SAN RAFAEL: 25 AÑOS DE HISTORIA

**Entrevista a Monseñor Jaime Fernández Sanfuentes,
fundador y actual rector del Seminario**

Mario Lisperguer Santibáñez

Al cumplirse 25 años de vida del Pontificio Seminario Mayor San Rafael de Valparaíso, nos ha parecido oportuno conversar con el sacerdote fundador y actual rector, Monseñor Jaime Fernández Sanfuentes. ¡Quién mejor que él para testimoniar acerca de lo que ha sido la trayectoria de nuestro seminario en este cuarto de siglo!

El P. Jaime nació el 23 de julio de 1923 en Quillota (V región). Es el cuarto de seis hijos de una familia muy cristiana, formada por Don Víctor Fernández Jaraquemada (tío de Santa Teresa de Los Andes) y Doña Marta Sanfuentes Echeñique. Se educó en el Colegio Rafael Ariztía de los Hermanos Maristas en Quillota y realizó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Pontificio de Santiago. Fue ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1950 por Monseñor Rafael Lira Infante.

En los primeros años de su ministerio sacerdotal estuvo dedicado al Seminario Menor, llegando posteriormente a ser rector del Colegio Episcopal San Rafael. Dada sus condiciones humanas y sacerdotales, los obispos de la diócesis de Valparaíso siempre le han confiado delicadas tareas pastorales, ya sea como Vicario Episcopal para la Educación, ya como Vicario de la Zona Rural Costa y, últimamente, antes de asumir como rector, como Vicario General de la diócesis.

Don Jaime, sacerdote piadoso, sencillo y de gran cultura, ha sido además fundador del Oficio Diocesano de Educación Católica y párroco de Algarrobo en dos oportunidades, donde se le recuerda con gran cariño. Actualmente es asesor del Club Serra, delegado diocesano de

las Obras Misionales Pontificias, párroco de Lagunillas y Rector del Santuario de Lo Vásquez.

El ministerio sacerdotal del P. Jaime se identifica con el nacimiento y crecimiento del Pontificio Seminario Mayor de la diócesis de Valparaíso. Además de ser su fundador, le ha correspondido ser su rector en tres períodos y también director espiritual del mismo, tareas en las que ha puesto lo mejor de sí para el surgimiento de esta obra predilecta de la Iglesia en Valparaíso. Para ilustrar lo anterior, basta decir que de los 44 años de vida sacerdotal, el P. Jaime ha entregado 35 años al Seminario.

P. Jaime, ¿cómo se fue gestando la idea de fundar un Seminario Mayor en Valparaíso?

La idea de formar un Seminario aquí en la diócesis, nació de una reunión que tuvieron los obispos con los formadores del Seminario Pontificio de Santiago y los responsables de la pastoral vocacional de las diferentes diócesis. Según lo que se nos explicó, era necesario establecer en cada diócesis una especie de "pre-seminario" que preparara, como su nombre lo indica, a ingresar al seminario que ya estaba funcionando en Santiago con el nombre de "Seminario Experimental". Al escuchar este informe, un grupo de Sacerdotes, entre los cuales estábamos Enrique Pascal, Jorge Bosagna, René Pienovi, Julio Duque, Jorge Sapunar, Enrique Barilari y yo, vimos que debíamos afrontar la situación formando un Seminario Mayor en nuestra diócesis. Éste debería tener la formación que pide la Iglesia, adaptada a los tiempos presentes: disciplina, vida en común, estudios filosóficos y teológicos basados en Santo Tomás. Se nutriría el Seminario con vocaciones de los movimientos pastorales de la diócesis, especialmente de las parroquias. Los seminaristas deberían mantener el contacto con la familia y con el apostolado parroquial los fines de semana, evitando lo que antes era un encierro casi completo. Todo debería hacerse según los documentos que estaba entregando el Concilio Vaticano II.

Se le propuso esta idea a Monseñor Tagle a fines de diciembre de 1968, y Monseñor la aceptó inmediatamente, ordenando formar el Seminario. Entonces me nombraron Rector, porque iba a funcionar en el mismo Colegio Seminario San Rafael donde ya era Rector, y se repartieron los distintos cargos en las áreas de formación humana, espiritual y pastoral. De esta manera, el Obispo decretó formar el Seminario Mayor "San Rafael" de Valparaíso, que abrió sus puertas el 19 de Marzo de 1969.

Sabemos que el entonces Obispo de la diócesis, Mons. Emilio Tagle C., fue una persona decisiva en esta fundación. ¿Qué actos, gestos, palabras de Mons. Tagle recuerda Ud. como signos de su preocupación por el Seminario?

En primer lugar, el hecho de aceptar con gran entusiasmo la idea de formar un seminario tomando las medidas conducentes para poner en marcha inmediatamente la obra que le habíamos propuesto. Después, veíamos que en casi todas las predicaciones —especialmente en sus últimos años— su tema principal era el sacerdocio y las vocaciones. También recuerdo la campaña de oración que él organizó, la que debía ser “continua, perseverante y creciente”, tomando palabras del Cardenal Caro. Para orar por el Seminario y por las vocaciones, un año decretó a toda la diócesis en estado de oración, y fue el tiempo en que mayor número de vocaciones llegó al Seminario. Aún más, el último año como obispo diocesano estableció el Año del Sacerdocio. Nos venía a ver continuamente, estaba preocupado de todos los problemas del Seminario, se interiorizaba de todo nuestro quehacer, conversaba con los seminaristas y con los formadores y tenía una participación muy activa en todas las actividades del Seminario.

El era el “pastor” que estaba aquí, en medio nuestro, porque para él el Seminario era la “pupila” de la diócesis. Por ello promulgó el DON, documento que contiene la doctrina, organización y normas del Seminario; nos mandó esa carta tan rica en enseñanza, “Eucaristía y Seminario”, y ese otro documento “El Celibato, una entrega de Amor”.

En lo material, puso toda su alma en una campaña destinada a recolectar fondos para construir los pabellones que actualmente ocupan Filosofía y Teología, el patio principal y las dependencias.

P. Jaime, Ud. ha sido rector en distintas etapas. ¿Entre qué años le ha tocado regir el Seminario y cómo podría caracterizar su gestión en esos períodos?

Empecé el año 1969 y estuve hasta el año 1975 como rector. Fue un trabajo de creación, de organización, una etapa muy difícil. No teníamos mayor experiencia, teníamos que ir aportando lo que habíamos recibido en el Seminario de Santiago cuando nos formamos, y al mismo tiempo ir auscultando los problemas, la temática, los signos de los tiempos. En aquel entonces casi no había documentos magisteriales sobre la formación sacerdotal, pues recién estaban empezando a llegar los de la Santa Sede. Se nos pidió que hiciéramos aportes para redactar la *Ratio fundamentalis* de la formación sacerdotal; era una etapa difícil, de creación, estaba sólo... ¡Faltaban formadores viviendo aquí en el Seminario!

El segundo período, del año 1980 al 1988, fue una etapa de consolidación, ahí ya teníamos gran riqueza de documentación. La Santa Sede había enviado la *Ratio* y se nos pidió que la adaptáramos a cada país. Se sacó la *Ratio* chilena. Luego la Congregación para la Educación Católica nos enviaba documentos profundos sobre la formación sacerdotal que ayudaban mucho a orientar la obra del Seminario. Después se logró formar el cuadro completo de los formadores con director espiritual, prefecto de disciplina, prefecto de estudios y prefecto de pastoral.

En estos 25 años de vida del Seminario ¿cuántos jóvenes han sido ordenados sacerdotes?

En estos 25 años de vida se han ordenado 72 sacerdotes, algunos formados totalmente aquí en el Seminario, otros han estado sólo algunos años. Hay ex alumnos en otras diócesis, como La Serena, Concepción, Los Angeles, Antofagasta.

Hacer un listado de personas a la hora de los recuerdos siempre resulta riesgoso por las omisiones en que se pueda incurrir; sin embargo, prescindiendo de esos riesgos, ¿a quiénes recuerda Ud. como colaboradores o bienhechores?

En primer lugar, recordaría a los obispos: Monseñor Tagle, que lo fundó, a Monseñor Valenzuela junto con Monseñor Prado, y a Monseñor Medina en estos momentos.

Entre los sacerdotes a quienes se les debe principal gratitud, están aquellos que lo fundaron: Enrique Pascal, Enrique Barilari, René Pienovi —quien fue rector durante cinco años—, Jorge Bosagna y Julio Duque, y aquellos otros muchos sacerdotes que han colaborado en diferentes actividades; entre éstos cabe destacar a los formadores y profesores del Seminario, especialmente al P. Oscar Cárdenas, quien fue Rector. Especial gratitud también, debemos a los sacerdotes que vinieron de España: José María Iraburu, que nos ha dejado un libro básico para la espiritualidad diocesana, y Monseñor Juan Ezquerda Bifet; ambos nos han enriquecido con cursos, jornadas, retiros y cursillos de espiritualidad. Otros sacerdotes que también vinieron de España y que entregaron su tiempo aquí por varios años fueron Jesús del Castillo como director espiritual y Antonio Pérez Mosso como director de estudios.

Recuerdo a Monseñor Adamiro Ramírez, quien le tuvo un gran cariño al Seminario —venía de Santiago durante tres días a la semana— y se hizo cargo de la dirección de estudios y de varios ramos; a Monseñor Antonio Moreno y al P. Fernando Retamal, quienes con sacrificio venían desde Santiago y estaban varios días con nosotros; a la

hermana Anneliese Meis que sigue viniendo. También se debe destacar a los actuales formadores: el P. Santiago Silva, quien había estado ya anteriormente como formador, el P. Mario Lisperguer y el P. José Antonio Olguín.

Entre los colaboradores en la parte material está la Fundación Teresa Brown de Ariztía, dirigida primero por Monseñor Escudero y luego por Monseñor Jaime Astorga; gracias a ella se pudo construir el pabellón más hermoso del Seminario, y hoy sigue manteniendo becas para los seminaristas. Luego agradecer a *Adveniat*, que también financia becas y que ayudó en la construcción de los actuales edificios de Filosofía y de Teología; además se le ha solicitado ayuda en la compra de libros para la biblioteca, y en varias ocasiones ha enviado dinero que ha permitido dotarla adecuadamente. Un hermano del padre Federico Brand (sacerdote de la diócesis ya fallecido), junto con su esposa, donaron el alhajamiento de la capilla de Teología, del comedor y de la biblioteca misma. La institución *Kirche in Not* ha ayudado para la compra de vehículos y para la mantención de los preseminaristas.

Toda institución humana atraviesa momentos difíciles en su devenir histórico. ¿Recuerda Ud. cuáles han sido esos momentos del Seminario?

Los primeros cinco años, por la falta de formadores, hubo muchas incomprendiones, se deformaba la verdad sobre lo que era el Seminario, se inventaban cosas, se recibían muchas críticas negativas que formaban un mal ambiente y creaban desconfianza, lo que se traducía en que el clero casi no mandaba candidatos. La falta de experiencia, especialmente mía, nos hacía cometer errores en el proceso de selección. La falta de medios económicos. Las deserciones de alumnos.

Por el contrario, ¿qué momentos recuerda con alegría?

Desde luego las ordenaciones sacerdotales de los que iban egresando, y el ingreso de nuevos postulantes, sobre todo cuando eran numerosos. La inauguración de los nuevos edificios, especialmente el de Teología que es muy hermoso. Y, luego, cuando el Santo Padre nos otorgó su confianza dándonos el título de "Pontificio", significó una alegría muy grande puesto que el Papa, a través de la Congregación para la Educación Católica, nos aprobaba; también constituye una responsabilidad, porque a mayor honor mayor respuesta y una respuesta cada vez más profunda y más delicada.

Gran parte de su ministerio sacerdotal ha estado dedicado a la formación de futuros sacerdotes. ¿Qué ha significado en lo personal ser rector del Seminario?

Para mí, desde luego, una gran exigencia para entregarme con mayor generosidad y tratar de imitar lo mejor posible a Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote; para crecer en la fe, en la confianza, en la oración. Uno ve y se da cuenta muy claramente que la formación sacerdotal, como toda obra de Dios, es fundamentalmente una obra de la gracia; entonces hay que creer, especialmente en los momentos difíciles, de fracaso, cuando uno ve que las cosas no marchan bien, cuando ve que nada le resulta. Hay que tener confianza en el Señor, ir creciendo en la esperanza por el hecho de que, si estamos realizando lo que Dios quiere y poniendo todo lo que está de nuestra parte, el Señor no nos abandona.

Esa confianza la hemos visto premiada en que el Seminario, lleno de alegría, celebra ya sus 25 años. He tenido que crecer mucho en la oración, pidiéndole al Señor continuamente sus luces, sus gracias, su fuerza para seguir adelante en medio de las pruebas y dificultades.

La permanencia en el Seminario me ha servido para profundizar en el conocimiento de la Teología y de la Filosofía, de los documentos de la Iglesia, tanto los generales —entre ellos el Concilio, el Código, el Catecismo, Puebla, Santo Domingo— como los más específicos —la *Ratio fundamentalis*, por ejemplo— que han emitido las diferentes Congregaciones, y las cartas del Santo Padre sobre formación sacerdotal y sobre el sacerdocio mismo. Todo esto me enriquece, y uno le da gracias a Dios por estar aquí en el Seminario.

Me ha hecho rejuvenecer, por el hecho de estar en contacto con jóvenes como lo son los seminaristas, y con los actuales formadores que son exalumnos míos, con quienes hemos logrado formar un equipo muy agradable, de mucha confianza, muy unidos y alegres.

El estar en el Seminario me ha servido para trabajar más en la humildad, ya que uno se da cuenta que la obra supera las posibilidades humanas. Me ha servido para amar y admirar más a la Iglesia, sabia en sus documentos, en sus enseñanzas, rica en su experiencia y que, a través del Papa, nos entrega una enseñanza tan iluminadora y profunda, tan concreta y eficaz, tan aterrizada. Realmente uno se queda admirado de la sabiduría de la Iglesia. Eso me ha servido mucho para amarla más, y, en concreto, a mi diócesis.

Me ha servido para aprender a trabajar en equipo con mucho respeto, confianza y amor junto a quienes hemos estado frente al proceso de formación. Esto ha resultado enriquecedor, porque cuando uno salía del Seminario en que se formó no tenía experiencia de este trabajo en equipo, era otro tipo de formación. En cambio, gracias a esta expe-

riencia que he tenido como formador, pude también trabajar con laicos cuando estuve en la parroquia, después de haber dejado la rectoría por segunda vez.

¿Cómo analiza Ud. la tendencia actual, al menos en nuestro país, de la disminución de jóvenes que desean ingresar al Seminario?

Participo de la mayoría de las opiniones que se escuchan hoy en día.

Hay poco espíritu de sacrificio en la juventud. Se nota que muchos jóvenes, debido a la educación que reciben en sus hogares, en los colegios, en los distintos lugares donde ellos se forman, no les inculcan el espíritu de sacrificio y, por tanto, "hacen lo que les gusta, lo que les agrada" y no se esfuerzan por regir sus vidas por convicciones y valores que les permitan desarrollarse íntegramente. En semejante ambiente, admiro a los jóvenes que llegan al Seminario, ya que es prueba de que la gracia ha actuado a pesar de las circunstancias adversas a su educación.

La disminución se debe también al escaso conocimiento que existe de Cristo, de su Iglesia y de lo que es el sacerdocio propiamente tal; a ésto debe sumársele la falta de apoyo en la familia que no respalda a un hijo que desea ser sacerdote. Importante actuación tiene en esto el Club Serra que forma este ambiente propicio en los hogares y en los medios de trabajo apoyando al joven que quiere entrar al Seminario.

Además, veo una debilidad frente al compromiso adquirido de por vida, incluso ésto ha influido en el abandono del ministerio sacerdotal en algunos hermanos sacerdotes.

¿Cuáles son los desafíos —en lo institucional— que en esta hora de su historia enfrenta el Seminario Mayor San Rafael?

Perfeccionar cada día más el Seminario en todos sus aspectos, mejorando lo que está mal, poniendo en práctica las actuales directrices. Parte importante de este desafío es que la comunidad diocesana, lo sienta como suyo, como su obra predilecta; que la gente se de cuenta que del Seminario depende que esta comunidad diocesana tenga pastores según el corazón de Cristo; sólo entonces se van a interesar en el Seminario y buscarán jóvenes en quienes se vea el llamado del Señor, y los van a apoyar. Otro desafío es responder a las exigencias de los tiempos, guiados e iluminados por las orientaciones de la Iglesia, del Papa, del obispo diocesano, de las conferencias episcopales latinoamericanas, a fin de ir formando a los sacerdotes que la Iglesia necesita hoy.

El Obispo, que posee la plenitud del Sacramento del Orden, prepara a algunos fieles cristianos y, por la imposición de manos que comunica la unción del Espíritu, los consagra **presbíteros**, haciéndolos sus colaboradores en el triple ministerio de santificar, anunciar la Palabra y conducir al Pueblo de Dios (cfr. Concilio Vaticano II, PO 2; Doc. de Puebla, 690), a imagen de Cristo, Buen Pastor (cfr. Concilio Vaticano II, LG 28). Si por el Bautismo ese fiel cristiano está **en la Iglesia**, por el Orden es puesto **al frente de la Iglesia** (cfr. Juan Pablo II: *Pastores dabo vobis*, 16).

Los presbíteros, por lo tanto, en la Iglesia y al frente de la Iglesia son «representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor» (Juan Pablo II: *Pastores dabo vobis*, 15) y, participando de su ministerio sacerdotal, profético y real (cfr. Concilio Vaticano II, PO 7), han de ejercer el ministerio de la Palabra, del culto y de la conducción pastoral (cfr. Doc. de Puebla, 661 y 692-696; Juan Pablo II: *Pastores dabo vobis*, 15 y 57). Como ministros de la Palabra de Dios, en la celebración de los Sacramentos (sobre todo de la Eucaristía), en el rezo de la Liturgia de las Horas y en la animación y guía de la comunidad eclesial (cfr. Juan Pablo II: *Pastores dabo vobis*, 26), su existencia sacerdotal se va realizando en servicio a la comunidad «a fin de que todos se hagan dóciles a la acción salvadora de Cristo (cfr. Mt 20,28; *Pastores dabo vobis*, 12)». (Doc. de Santo Domingo, 70. Cfr. Juan Pablo II: *Pastores dabo vobis*, 43).

Del *Proyecto Educativo* del Pontificio Seminario Mayor San Rafael.